

CÉSAR G. ANTÓN



83 SEGUNDOS

¿Qué harías si pudieras saltar hacia
atrás en el tiempo?

minotauro LABERINTO

CÉSAR G. ANTÓN

83 SEGUNDOS

minotauro LABERINTO

83 segundos

© César G. Antón, 2023
ochentay3segundos@gmail.com
www.83segundos.com
Instagram: @ochentay3segundos
Twitter: @83_segundos
TikTok: @83segundos
Facebook: 83segundos

Diseño de cubierta: Cover Kitchen

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1559-9
Depósito legal: B. 2111-2023
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra *newsletter* en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

Bernabéu

Cuando salió de su casa, el viajero a través del tiempo desconocía su condición; aún faltaban unas horas para que fuera consciente de esa imposible certeza.

Al pisar la calle le golpeó un frío que subía desde el suelo, como estalagmitas invisibles que le marcaban el cuerpo al rozar con ellas. Le esperaba media hora de paseo: cruzar Bravo Murillo, deslizarse por la calle de San Germán y alcanzar la Castellana. Para acentuar su mal humor, a mitad de camino se levantó uno de esos vientos del norte que bajan racheados desde la sierra, creando partículas indetectables y secas que le cortaban el rostro y los labios.

Era 19 de noviembre de 2005, el día de su treinta y cinco cumpleaños. Víctor Piñol, ese era su nombre, se dirigía por primera vez a ver un partido al Bernabéu. Su padre le había dejado en herencia un madridismo furibundo, pero también una ética contra el mercantilismo del fútbol que le impedía pagar por una entrada o comprarse una camiseta oficial. Estaba traicionando esos principios por culpa de un amigo, quizá su único amigo, o por lo menos el único que se empeñaba en serlo. Desde que había perdido de forma traumática a los que consideraba sus verdaderos colegas en su adolescencia, nunca había dejado a nadie llegar a esa categoría. Pensaba que los lazos que se anudan en el colegio no son comparables con los que puedes

atar después. Esa experiencia, sin ser él consciente, lo había marcado hasta convertirlo en un solitario militante.

Víctor trabajaba de redactor en los informativos de uno de los principales canales de televisión del país, y allí conoció a Gabriel, un testarudo realizador que se había empeñado en llevarle la contraria y romper su círculo de soledad. En sus ya cinco años de amistad Gabriel insistía en cuidar su relación sin recibir demasiado a cambio. En esta ocasión le había hecho un gran regalo de cumpleaños: se las había apañado para que un jefecillo de la sección de Deportes que le debía un favor le consiguiera un par de entradas de tribuna para ver el Madrid-Barça.

Las convicciones anticonsumistas de Víctor con el fútbol y su mala leche por el frío se disiparon cuando enfiló el paseo de la Castellana hacia el Bernabéu. El «clásico» le estalló en la cara y empapó sus sentidos al ver el estadio, convertido en un mastodóntico hormiguero que lo hizo sentir uno más de una inmensa colonia. Esa sensación de pertenencia a un grupo, a una manada, a un ejército con un objetivo común era un mundo nuevo para él, siempre tan asocial y huraño. No podía negar que le gustaba.

Entre cánticos, bufandas al viento y caballos de la policía encontró al fin a su amigo Gabriel en la puerta 8 del estadio y, envalentonados por la química del ambiente, ambos cruzaron los tornos y subieron las escaleras en busca de su lugar en la grada. Un acomodador con un peto por uniforme, barba de tres días y melena grasienta mantenía en equilibrio imposible una colilla en la boca mientras gritaba ofreciendo almohadillas:

—¡Un eurillo para calentar el culillo! ¡Compren almohadillas por un eurillo!

—¿Compramos, Víctor?

—No me seas pijo, Gabi. ¿Tienes culito de bebé? —Víctor vaciló a su amigo dándole una palmada en el trasero mientras sonreía—. Vamos a la grada, linda flor.

—Mira que eres rata, tío.

Tardaron un buen rato en resolver el acertijo de gradas, letras, filas y números hasta encontrar sus asientos. Allí había

unas banderolas blancas de plástico que poco después, en perfecta comunión con el estadio, usaron para crear un mosaico gigante. Más de ochenta mil banderas ondeando al viento formaron una gran vela blanca que convirtió el Bernabéu en un barco que podría salir en cualquier momento a navegar por el cielo de Madrid.

Todo ese entusiasmo se aplacó de golpe cuando el árbitro pitó el inicio; la pelota empezó a rodar y ya solo quedó un murmullo, un mantra de cánticos poco originales desde el fondo sur. El Bernabéu era capaz de generar mucha presión en un momento dado, pero no sabía sostenerla. Siempre fue un estadio de señoritos, más dados a la queja y la crítica que al aliento inquebrantable. Eso se acentúa si estás en la zona de entradas caras; a más dinero, menos entusiasmo.

Al sentarse, Víctor se quedó con una extraña sensación. Hasta ese momento todo parecía la preparación para una gran batalla; se sentía listo para saltar él mismo al campo y ponerse a dar patadas. Pasar de tanta adrenalina a la quietud del asiento le dejó una impronta de gatillazo emocional. La siguiente certeza fue comprobar lo pertinentes que habrían sido las almohadillas que había renunciado a comprar; pasado el ardor guerrero volvió a aparecer ese «frío de cojones». Tenía el culo helado pegado al cemento. Los asientos eran estrechísimos, y Víctor era una salchicha entre dos panes: a su derecha, la desenvuelta gordura natural de su amigo Gabriel y, a su izquierda, un Sancho Panza con un bocata de chorizo de barra entera, del que dio cuenta antes del minuto catorce, en el que el camerunés del Barça Samuel Eto'o metió el primer gol, para terminar así de consumir el bajón emocional que sentía.

Pero la cosa se puso aún peor: tres gigantescos ingleses vestidos con camisetas del Barça se levantaron a abrazarse, tirando sus vasos de cerveza y empapando a cualquiera que estuviera cerca. A pesar de estar en casa ajena, exhibieron su barcelonismo de forma insolente. Los vecinos de grada miraban, intimidados por el volumen cúbico y sonoro de los guiris. A Víctor le sorprendió la inacción con la que sus paisanos se comieron ese

bochornoso comportamiento. Todos esos hombretones cruzando miradas de desaprobación, en un silencio culpable, y ninguno con los arrestos de pedirles a los intrusos un poco de educación, hasta que un señor de unos ochenta años, con gabardina noble y sombrero de fieltro, tocó el hombro del más alterado de los *hooligans* y con un perfecto acento inglés le dijo:

—Disculpe, *sir*. ¿Son ustedes ingleses?

El gigantón, entre sorprendido y divertido, confirmó su origen con una sonrisa que le hizo perder algo de fiereza. Sus compañeros se giraron y se pusieron en guardia. Todos los que estaban cerca habían dejado de atender al partido y miraban con angustia el lío en el que se podía meter el abuelo. Pero él continuó su discurso en un tono sosegado.

—Para los madridistas es un placer que vengan a visitarnos; espero que disfruten de la ciudad y de este maravilloso estadio. Aunque sean ustedes aficionados del Barcelona les rogaría un poco de la caballerosidad y elegancia que caracterizan a su gran nación. —El anciano terminó su discurso con una cálida sonrisa.

—Por supuesto, señor. Perdone, nos hemos dejado llevar. Ya sabe, tienen ustedes una cerveza muy buena y barata —contestó divertido el inglés.

Tras ese diálogo los ingleses se comportaron como si fueran alumnos de Oxford en el teatro. Víctor miró con admiración el temple de aquel anciano, y con un poco de vergüenza el que ni él ni ninguno de sus lozanos vecinos hubieran tenido el valor de decir algo a esos tipejos.

Lo que vino después no animó la fiesta. Víctor había tenido la dudosa suerte de ser invitado por primera vez al Bernabéu el día que Messi debutaba en un «clásico» y que Ronaldinho andaba vestido de balón de oro. Fue una escabechina. Hasta tal punto llegó el desastre que en un momento dado algunos madridistas se pusieron a aplaudir al brasileño del Barça en una imagen que, repetida mil veces por las televisiones, marcaría a una generación.

Ya en el minuto ochenta y ocho, con 0-3 en el marcador, Víctor estaba abstraído, fuera del partido, pensando en su culo

frío y en por qué no había comprado esa maldita almohadilla que lo habría templado. Recordó el pitillo medio consumido en la boca de ese operario que gritaba la ridícula rima ofreciendo almohadillas y dio la razón a su amigo Gabriel por haberlo llamado «rata». Estaba pensando en el momento exacto en el que había tomado esa decisión, sin saber que ese estúpido recuerdo cambiaría su vida para siempre.

Una desagradable sensación recorrió su piel. Perdió la capacidad de moverse y hablar, y notó, por primera vez, cómo su cuerpo se reducía, desaparecía, sufriendo un intensísimo dolor, sin la posibilidad de gritar para pedir ayuda. Era como diluirse por compresión, como si una de esas prensas mecánicas que aplastan coches en las chatarrerías lo estrujara.

«¿Esto es morirse?», pensó mientras un ataque de pánico lo atropellaba. Sus vecinos de grada, el césped y el estadio entero se difuminaron hasta formar un negro absoluto y un silencio total. El momento le pareció un siglo de dolor inhumano; mucho tiempo después calcularía con cartesiana exactitud que ese tránsito solo duraba «83 segundos».

—¡Un eurillo para calentar el culillo! ¡Compren almohadillas por un eurillo! ¡Un eurillo para calentar el culillo! ¡Compren almohadillas por un eurillo!

Eso fue lo primero que volvió a escuchar Víctor. Poco a poco recuperó la vista y ante él apareció el tipo del pelo grasiento. Estaba otra vez en los pasillos del Bernabéu, con su colega Gabriel a su lado. La gente subía escaleras buscando las gradas mientras él permanecía de pie, quieto, temblando de miedo.

Un fallo en *Matrix*

—¿Compras o no compras la puta almohadilla? ¡Que nos perdemos el inicio!

—Pero...

Víctor se quedó congelado mientras Gabriel enfilaba la escalera para acceder a las gradas. El corazón le bombeaba a toda velocidad, le temblaban las manos; hacía unos segundos estaba muriendo por algún colapso total de su cuerpo y ahora se encontraba vivo y coleando después de un imposible viaje en el tiempo. Con la ansiedad de compartir su miedo, echó a correr para alcanzar a Gabriel, que ya le sacaba una decena de escalones de ventaja. Pero cuando llegó hasta él no supo ni por dónde empezar a explicarle lo que le estaba pasando.

—Gabi, tío —susurró con nerviosismo, agarrándolo con brusquedad por el hombro—, esto ya lo he vivido. Me está pasando una cosa muy rara.

—No te entiendo, Víctor —respondió, apartando de un manotazo la mano de su amigo—. ¿Qué es lo que has vivido?

—¡Esto, tío! ¡Esto ya ha pasado; acaba de pasar! ¡He visto casi todo el partido y acaba de volver a empezar!

—Víctor, ¿de qué coño hablas? ¿Me puedes ayudar a encontrar los asientos y dejarte de hostias?

—Ven, es por aquí, y lo sé porque ya hemos estado sentados aquí antes.

Víctor pasó por delante de Gabriel y lo dirigió a paso acelerado entre las filas y los números para llegar a sus asientos, detrás de los ingleses borrachos, cerca del denodado anciano y al lado de Sancho Panza, que desembalaba su gigantesco bocata de chorizo. Tiró al suelo las banderas blancas de plástico y empujó a Gabriel para que se sentara junto a él. Gabriel lo miró sorprendido.

—Oye, pues has acertado, son nuestros sitios...

—Joder, Gabriel, te estoy diciendo que esto ya ha pasado. Acabo de vivirlo.

—Claro, tío, hay un fallo en la Matrix. ¿Tomaste la pastilla azul o la roja? —bromeó Gabriel.

—Vale, en el minuto catorce Messi se la pasa a Eto'ó, este se la lía a Helguera y 0-1.

—Coño, tío, invéntate uno del Madrid.

—Tú espera...

Víctor, resignado, se recostó en el asiento y permaneció tan nervioso como callado mientras observaba cómo se repetían los primeros catorce minutos que ya había visto hasta que Eto'ó volvía a superar a un jovencísimo Casillas. Los ingleses volvieron a saltar y a derramar sus cervezas como un aspersor entre sus vecinos. Mientras la mayoría del estadio se lamentaba o maldecía mirando al césped, Gabriel se giró despacio hacia su amigo.

—¡Qué mamón! —exclamó aún con osadía, pero sin poder esconder su incompreensión—. Has acertado. Eres un cabronazo con suerte; ha sido pura chamba.

—¿Tú crees? Ahora fíjate cómo estos guiris montan el pollo y todos nos quedamos calladitos. Todos menos ese abuelillo, que calmará a las fieras, demostrando tener más huevos que toda la grada.

Gabriel se sacudió de la pernera las gotas de cerveza y se quedó mirando al anciano y a los ingleses. Víctor se acercó a su cuello y le fue relatando, con bastante precisión y unos segundos de adelanto, todo lo que el anciano diría. El abuelo comenzó a repetir, como un buen actor de teatro, el discurso que Víctor le iba susurrando a Gabriel. Cuando acabó el espectáculo Gabriel volvió a girarse hacia Víctor.

—¿Me estás vacilando? —El desconcierto era evidente en su tono—. ¿Es una broma?

—Tío, yo tampoco lo entiendo. Te lo he dicho: todo esto acaba de pasar, ya lo he vivido. Nos van a meter dos goles más. Dos de Ronaldinho en la segunda parte. Gabi, no sé qué está pasando, pero estoy acojonado. Tengo que largarme de aquí.

Víctor se levantó y salió de la grada saltando sobre los asientos a grandes zancadas, las más largas que le permitía su más de metro ochenta de estatura. Gabriel lo siguió a duras penas; a sus piernas cortas y regordetas les costaba igualar las prisas ansiosas de Víctor.

En menos de un minuto abandonaba el estadio. Gabriel logró alcanzarlo cuando se acercaba al asfalto de la Castellana.

—Tío, no vayas tan rápido; explícame qué coño te está pasando —suplicó Gabriel, jadeando.

—¡Joder, Gabriel, no lo sé! Solo sé que ya lo he vivido, que ya lo he visto.

—No es posible, Víctor, no es posible.

—Gabi, déjame pensar. Tengo que pensar, no lo entiendo...

Los dos siguieron caminando. Madrid estaba casi desierto. La ciudad se paraba durante un Madrid-Barça. Apenas había tráfico, y algunos aprovechaban esa tregua de noventa minutos para disfrutar de las aceras despejadas, aunque tuvieran que soportar el lacerante frío.

Cada poco tiempo Gabi le pedía que lo esperase y se asomaba a un bar para ver en las pantallas de las televisiones si el marcador seguía 0-1, albergando la esperanza de que otro gol en el primer tiempo rompiera el maleficio de la predicción de su amigo.

A los nueve minutos de paseo, y después de haberse asomado a tres bares, cuando alcanzaban la avenida de Brasil, Gabi consiguió convencerlo de que pararan a resguardarse del frío con una cerveza en el Moby Dick.